

134. San Leopoldo Mandić

El niño, de ocho años, había cometido en casa una falta sin importancia alguna. Cosa de niños, y nada más. Pero su hermana le corrige duramente, lleva el niño al cura párroco, que le reprende muy severamente y lo castiga poniéndolo de rodillas en medio de la iglesia. Allí está el pobre chiquillo, avergonzado y grandemente dolorido. ¡Por tan pequeña falta, un castigo tan grande!... Y el pequeño, a pesar de su cortita edad, piensa como mayor:

- El día de mañana voy a ser sacerdote, llegaré a ser confesor y usaré sólo misericordia con las almas de los pecadores.

Toda una profecía, como inspirada por el Espíritu Santo. Aquel niño, ya mayor, ingresa en la orden de los Padres Capuchinos, es ordenado de sacerdote y, hasta que muera en 19042, su oficio será durante tantos años confesar y más confesar, más de doce horas diarias, para ser todo un campeón en este ministerio tan abnegado del sacerdote. Éste es San Leopoldo Mandić.

Nacido en Croacia, bajo el dominio de Austria, pasará sin embargo su vida en Italia, en la ciudad de Padua, donde será el confesor buscado por todos, ricos y pobres, altos dignatarios y gentes del pueblo. Cuando por causa de la Primera Guerra Mundial lo saquen de Padua, se alzarán en la ciudad un gran clamor: *-¡No hay derecho! ¡Nos han robado, así, robado, al Padre Leopoldo!...* A fuerza de gritos ante las autoridades y superiores, logran su devolución para no soltarlo ya hasta su muerte.

Hijo de una familia muy cristiana, cuando llegó el día de su ordenación sacerdotal, le escribían sus padres.

- Mi corazón de madre estalla de alegría al llegar el día más feliz de mi vida, cuando mi hijo, aunque tan lejos de mí, va a celebrar su primera Misa... -Recibe la bendición de tu padre. ¡Bendito Dios, dador de todo bien, que me da la gracia de tener un hijo mediador entre el cielo y la tierra!

Los padres, tan cristianos, le habían dado la vida y una formación cristiana exquisita. Pero en un cuerpecillo tan menudito, tan menudito..., que va a ser el hazmerreír de todos. Medía, ¡pasmémonos!, un metro treinta y cinco centímetros. El mismo Padre Leopoldo, decía: *-¡Soy un nada!...* Y el santo Cardenal Arzobispo de Venecia, cuando lo llamaba en los Ejercicios a los sacerdotes para las confesiones, lo anunciaba con humor: *-¡Ya ha llegado el Padre Leopoldo, que no vale un centavo!...*

La miniatura de su cuerpo se prestaba para bromas. Pero la de unos jóvenes pudo acabar muy mal. Pasaba el Padre por el puente, cuando los muchachos desvergonzados se dicen, a la vez que amenazan al sacerdote: *-Vamos a agarrar a este viejo y lo arrojamos al canal.* El Padre lo oye, y el cariñoso de siempre se muestra ahora muy enérgico: *-¡Atrévanse a hacerlo!...* El Padre se marcha tranquilo, vuelve al cabo de poco a los jóvenes, que estaban como petrificados, y se arrodillan pidiendo perdón. Pero el Padre, con toda su amabilidad:

- No me pidan perdón a mí, sino a Dios. Yo no soy más que un pobre fraile. Pero, aprendan a respetar a la gente. Les da unas palmaditas en la espalda, y ¡Adiós ¡Adiós!...

Todo lo que el Padre tenía de chiquitín en el cuerpo lo tenía de grande en el alma. Bien preparado y con el dominio de las lenguas orientales, sin moverse de su confesonario fue un avanzado del ecumenismo e hizo prodigios en las almas.

Vive en una pobreza suma. Y también con una penitencia que estremece. Sin moverse en tantas horas de confesonario, en un cuartito de menos de cuatro metros cuadrados, llega el fríísimo invierno, y le piden: *-Padre, por favor, coloque aquí una estufa, que se está congelando.* Y él, con su amabilidad encantadora:

- ¿Una estufa? ¿Para qué? ¿Quieren que yo la use, cuando hay tantos pobres que sufren mucho frío? ¿Y qué pensarán los que vienen a confesarse si me ven con tan poca penitencia?...

Su vida tan sencilla, desarrollada toda en el confesonario, se caracteriza por los consejos que daba a sus penitentes, y que llenan la trama de su ministerio sacerdotal. La fe era su tema preferido. Y repetía a todos sin cesar: *-¡Tenga fe! ¡Tenga fe!* Y fe, en labios de Padre Leopoldo, era tener una gran confianza en la bondad de Dios.

Otro tema, la Eucaristía. Cuando se trataba de la Comunión era incansable:

-¡Comulgue cada día! Es lo único que le pide el divino Redentor. Son tantos los hermanos seglares que no dejan la Comunión ni un solo día, a pesar de los sacrificios que les supone. Piense en la palabra del Señor cuando prometió este Sacramento: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” . Más de esto, ya no se puede decir.

Era maestro de la oración: *-¡Rece! Pida la gracia sin cansarse jamás.* Y él era el primero en estar todo el día en la presencia de Dios. Hablaba una vez con un señor que había venido a pedirle consejo. De repente, se calla, mira su reloj, y exclama: *-¡Pobre de mí, pobre de mí! ¿Por dónde se ha ido mi pensamiento? Espere un poco.* Se levanta, y corre hasta ponerse delante del Sagrario, para decir a Jesús: *-¡Perdóname, Señor, por estos pocos minutos que te he robado al no tener la mente fija en ti!*

De noche se pasaba horas en oración, y le dicen: *-Padre, ¿por qué tiene que rezar tanto a estas horas?*

Y el bendito Padre: *-¿Qué quieren que haga? Cuando confieso, les pongo a los penitentes penitencias muy ligeras, y me toca a mí hacer la penitencia y rezar lo que deberían hacer ellos.*

Al celebrar sus bodas de oro sacerdotales, escribía el héroe de las doce y más horas de confesonario diarias: *-Hemos nacido para el trabajo. Es una gloria grande el poder trabajar. Pidamos a Dios poder morir a fuerza de trabajos apostólicos.*

Y así se iba al Cielo aquel hombre tan pequeñito y aquel santo tan grande...